

BILL CLINTON Y EL CONGRESO REPUBLICANO REELEGIDOS: UNA NUEVA ETAPA EN LA OFENSIVA CONTRA EL PROLETARIADO AMERICANO

El 4 de noviembre de 1996 Bill Clinton fue reelegido presidente de los Estados Unidos con más del 50% de los votos (43% en 1992) mientras que el candidato republicano Bob Dole recogía el 41% y el multimillonario Ros Perot se quedaba con un 8%.

Los republicanos mantenían la mayoría absoluta tanto en el Senado como en la cámara de representantes.

La participación fue inferior al 50%, lo que no se producía desde... 1924. Particularmente, a pesar de los 30 millones de dólares gastados por la AFL-CIO en favor de Bill Clinton y los candidatos demócratas, la masa de proletarios americanos no ha votado.

HACIA LA UNION NACIONAL

En la tarde de su elección, Clinton pronunció un discurso en el que llamaba a demócratas y republicanos a colocar *“el país por encima del partido”*. El 8 de noviembre anunciaba su intención de nombrar republicanos para el gobierno.

A finales de noviembre, N. Gingrich ‘speaker’ (presidente) de la cámara de representantes, reelegido para el cargo en noviembre (a pesar de su implicación en varios ‘affaires’), *“renovó su promesa de trabajar en colaboración con el presidente Clinton”* (*Le Monde*, 27.11.96). El 5 de diciembre, W. Cohen, republicano, antiguo senador, fue nombrado secretario para la Defensa por Clinton. Tras estas evoluciones se esboza una suerte de unión nacional entre los partidos republicano y demócrata.

Cierto que *Le Monde* del 7.12.96 pone de manifiesto que W. Cohen *“no es muy representativo de la mayoría de los representantes republicanos”*. Por otra parte, desde 1968 la configuración más frecuente en los USA ha sido la de un presidente republicano coexistiendo con un congreso demócrata sin que de ello resultase crisis alguna de cierta importancia. Pues en efecto, Republicanos y Demócratas son dos partidos burgueses, representantes del gran capital americano, utilizados por tal o cual fracción del capital financiero a través de grupos de presión (los ‘lobbies’).

A pesar de todo, la reelección de Clinton, la de un congreso republicano, la nominación de un republicano para un importante cargo gubernamental, podrían perfectamente marcar una evolución fundamental de la situación política en los Estados Unidos. Los consejeros de Clinton habían bautizado la orientación de su política, y de su campaña electoral, cuyo resultado ha sido este esbozo de unión nacional que ha desembocado en la elección de un republicano: gobernar en el *“centro vital”* de la política americana. La fórmula *centro vital* no es nueva. J.F. Kennedy proclamaba ya antes de su elección en 1960 que: *“Necesitaremos lo que la constitución ya había proyectado: un jefe del Ejecutivo que se sitúe en el centro vital de la acción de nuestro sistema gubernamental”*.

Tras la frase *centro vital* se descubre una orientación que pretende la instauración de un poder ejecutivo fuerte, la centralización del Estado federal, la orientación bonapartista. Y en este sentido hay que comprender la apelación al *pueblo americano* situada en el centro del discurso de investidura de Clinton el 20 de enero: formar una *“unión más perfecta”*.

Tal evolución, en realidad a la orden del día desde principio de siglo y el comienzo de la época del imperialismo, última fase del capitalismo, es considerada hoy más necesaria por la burguesía americana dada la nueva situación de los USA desde 1991: la de única potencia mundial. Algo que Clinton resumía así en su discurso del 20 de enero: el siglo XX, declaró, fue un *“siglo americano”*, el XXI deberá ver a *“la más grande democracia del mundo tomar la cabeza de todo un mundo de democracias”*.

El esbozo de Unión nacional demócratas-republicanos y la orientación bonapartista de la administración Clinton se inscriben enteramente en la lucha emprendida por los Estados Unidos para reconquistar su posición hegemónica.

LOS ESTADOS UNIDOS, UNICA POTENCIA MUNDIAL

Tras el hundimiento de la burocracia del Kremlin en 1991, los Estados Unidos se han convertido en la única potencia mundial. Liberado de los límites que le imponía la existencia de la URSS, el imperialismo americano practica una política mucho más agresiva frente a sus principales competidores, cuyo primer acto fue la guerra de rapiña contra Irak en 1991.

La primera presidencia de Clinton vio desarrollarse esta ofensiva. Incluso el llamado *pré carré* francés del Africa subsahariana se ha visto afectado: en otoño de 1996, tras su gira africana, W. Christopher declaraba que era preciso terminar con los *'cotos privados'*, las *'reservas'*, el *'patronazgo exclusivo'*. La guerra que mantienen bandas armadas sostenidas por Uganda y Ruanda en el este del Zaire es clara y reciente ilustración de esta orientación: desalojar al imperialismo francés de sus posiciones históricas y lanzarse sobre las fuentes de materias primas de los países implicados. Pero se trata de un proceso mundial.

Bajo la presidencia de Clinton no ha cesado de acentuarse el reforzamiento del imperialismo americano, desde la firma del tratado del ALENA, pasando por la ex-Yugoslavia, hasta las cumbres del G7 sobre 'la lucha contra el terrorismo'.

A este respecto conviene recordar la importancia de dos recientes leyes, las llamadas de Amato y Helms Burton. La primera, ley de Amato, fue adoptada en agosto de 1996 y pretende sancionar a las empresas que comercien con Libia o Irán. Las empresas que contravinieran la ley Amato verían prohibidas sus exportaciones hacia los USA, y en el caso de empresas norteamericanas perderían las ayudas gubernamentales.

La ley Helms-Burton, firmada por Clinton el 12 de marzo de 1996, permite llevar ante los tribunales americanos a toda empresa que comercie con una sociedad que tilice bienes expropiados por la revolución cubana (la que se trata ni más ni menos que borrar). De momento, empero, Clinton ha congelado la aplicación de esta disposición).

Como informa *Libération* de 6 de agosto de 1996, con estas leyes se pretende ni más ni menos "*que sea el congreso americano o la Casa Blanca quien decida quien puede comerciar y con quien*".

De una forma general, el reforzamiento del peso del imperialismo americano desde 1991 está simbolizado por el retorno a la fórmula de Theodore Roosevelt (1901-1908), primer presidente americano que afirmó la necesidad de los USA de combatir para asentar su dominación mundial: "*habla despacio, empuña un buen bastón, y llegarás lejos*".

El nuevo gobierno de Clinton se expresa en esta orientación. En primer lugar, y sobre todo, como hemos subrayado antes, por la entrada de un republicano en el gobierno.

Pero ahí no acaba todo. La nueva secretaria de Estado (equivalente al cargo de ministro de asuntos exteriores), M. Albright, hasta ahora embajadora de los USA en la ONU, ha sido instrumento de su reforzamiento en el seno de esta cueva de ladrones. B. Daley, nuevo secretario de comercio, se hizo notar al encabezar el combate por imponer el tratado de la ALENA que acentúa la sumisión de Canadá y, sobre todo, de México a los USA.

Charlene Barshefsky, nueva representante de comercio del gobierno (apodada *Dragon Lady*) declaraba inmediatamente después de la victoria de Clinton: "*evidentemente vamos a proseguir una política agresiva de negociación de acuerdos comerciales para acceder a nuevos mercados e incrementar nuestras exportaciones*".

Pero el instrumento necesario para disciplinar a los demás imperialismos, para permitir a esta 'política agresiva' del imperialismo americano liberarse de sus límites actuales, es un Estado fuerte, centralizado, condición de la instauración de un régimen bonapartista en los USA. Este instrumento le falta a la burguesía americana.

UNA CUESTION RECURRENTE PARA EL IMPERIALISMO AMERICANO: LA CENTRALIZACION DE SU ESTADO

Es preciso recordar que en los Estados Unidos el Estado federal se instituyó por encima de las múltiples instituciones locales de forma muy progresiva. El FBI, la policía federal, no se desarrolla sino a partir de 1924, paralelamente a las grandes leyes anti-inmigración. El Pentágono, aparato militar del Estado federal, se instituyó a partir de la segunda guerra mundial. La Cia fue fundada en 1947. La intervención directa del Estado en la economía no data sino del 'New Deal', en los años 30. Los Estados, sus parlamentos y sus gobernadores se han reservado importantes prerrogativas.

Al mismo tiempo, la renovación tras cada elección de todos los funcionarios de la alta administración federal, al igual que ocurre en la de los diferentes Estados, y el carácter electivo de numerosas funciones locales, socavan parcialmente la base 'natural' del desarrollo de tendencias bonapartistas.

De resultas de ello, los progresos de la burguesía americana hacia la centralización de su Estado son desiguales. El gobierno federal choca a cada paso con la resistencia de las fracciones de la burguesía enganchadas en las costuras del federalismo.

Nixon intentó alcanzar este objetivo a marchas forzadas, multiplicando los vetos contra el congreso, centralizando el gobierno en la Casa Blanca, alrededor de su gabinete (mientras que los ministros, por su parte, veían su nominación sometida a la ratificación por el Senado). Por ello estalló el asunto del Watergate que sirvió para desalojarlo de la Casa Blanca. Los 'asuntos' en los que está implicado Clinton podrían desempeñar el mismo papel si se aventurase demasiado lejos, demasiado rápido.

También resulta que, desde principios de siglo, se ha desarrollado considerablemente la intervención del Estado federal en todos los aspectos. Esta tendencia es ineluctable en la época del imperialismo, de las guerras y las revoluciones, época en la que el capitalismo no puede prolongar provisionalmente su mortal agonía más que al precio del parasitismo en todos los terrenos y del reforzamiento de la coerción, y por tanto de un Estado fuerte, para comprimir más sus contradicciones.

La actualidad de nuevos desarrollos en este sentido se sustenta en el nuevo lugar que ocupa el imperialismo americano como única potencia mundial. Su ritmo dependerá del desarrollo de la crisis del modo de producción capitalista.

Pero precisamente, la situación económica coyuntural en los USA hace que algunos economistas se sientan autorizados a anunciar a bombo y platillo el advenimiento de una nueva época de crecimiento: los 'veinte maravillosos'.

CRECIMIENTO ECONOMICO: ¿HASTA CUANDO?

El último trimestre de 1996 ha visto progresar el PIB (producto interior bruto) americano a un ritmo anual del 4,7%. Para los años precedentes el crecimiento del PIB había sido respectivamente de un -0,6% en 1991, un +2,7% en 1992, un +2,2% en 1993, un +3,5% en 1994 y un +2% en 1995. Para 1996 el crecimiento del PIB sería del +2,5%.

En principio estas cifras son netamente inferiores a las de los años 50 o 60 y no justifican el entusiasmo de los propagandistas del 'nuevo modelo americano'. En segundo lugar, no es ningún secreto el que en el origen de la recuperación económica de los USA están los golpes contra las masas trabajadoras objeto de este artículo.

Pero es preciso constatarlo: el reforzamiento político del imperialismo americano juega un importante papel en el mantenimiento del crecimiento. En cuatro años de presidencia Clinton, las exportaciones americanas han crecido un 30% (según *L'Expansion* del 9 al 22 de enero de 1997). De 1994 a 1996 los excedentes comerciales de Japón respecto a los USA han disminuido en un tercio.

El último trimestre de 1996 ha ilustrado de nuevo esta tendencia: las exportaciones se han incrementado un 25%. Según *Le Monde* de 2-3 de febrero de 1997, este crecimiento se situaría en la base de la mitad del incremento del PIB durante el mismo período.

Y lo que es más, la recesión de 1991 intensificó el proceso de renovación del capital constante, la liquidación de una parte del capital obsoleto. Particularmente en la industria automóvil, fábricas enteramente nuevas han sido instaladas por las 'Big Three' (General Motors, Ford, Chrysler) con la participación de los dirigentes del sindicato del automóvil, el UAW.

Durante y después de esta recesión, el proceso de centralización y concentración del Capital se aceleró. Las fusiones/adquisiciones, como la reciente fusión Boeing/McDonel Douglas, se han multiplicado. *Le Monde* del 8 de enero de 1997 recuerda a este respecto que la concentración de la industria militar americana se está dando 'a marcha forzada' y comenta: "tres años después de la señal de partida dada por W. Perry, secretario de Estado americano para la defensa (...), el Pentágono [el Estado federal, pues -NDLR] está a punto de alcanzar sus objetivos": ordenar esta industria en función de sus necesidades. El sector donde este movimiento es más significativo es el de los bancos. Desde 1994 pueden desarrollar sus actividades en todos los Estados de los USA. Las barreras entre los diferentes tipos de actividades bancarias han sido igualmente suprimidas.

Esta concentración del capital en los USA es una componente del crecimiento económico. Pero el crecimiento proviene ante todo de las condiciones de explotación que los capitalistas americanos han podido imponer a la clase obrera, con la complicidad activa de los dirigentes de la AFL-CIO, la federación sindical obrera.

"EL EMPLEO AMERICANO A TODA MAQUINA"

El suplemento económico de *Le Monde* (5 de noviembre de 1996) pretende describir bajo este título la situación de los Estados Unidos. Sería mucho más justo decir que son los despidos y la sobreexplotación los que funcionan a pleno rendimiento. Los despidos prosiguen todos los años a cientos de miles. ¡A ello sería preciso añadir el que el departamento de justicia contaba 1,6 millones de presos en junio de 1996! Y estos no son contabilizados por las estadísticas del paro.

Según los sindicatos la verdadera tasa de paro se situaría no en el 5,2% sino en el 10,1% de la población activa. Pero se debe subrayar que bajo la presidencia de Clinton se han creado más de ocho millones de empleos. A este respecto *L'Expansion* (2-14 de mayo de 1996) indica los sectores más creadores y más destructores de empleo desde enero de 1990 a junio de 1995. El resultado habla por sí mismo. Por un lado tenemos las empresas de trabajo temporal (+899.000), bares y restaurantes (+738.000), diversiones (gimnasios, casinos..., +344.000); por otro es de notar: aviación (-251.000), cajas de ahorro (-184.000), material informático (-116.000).

Cifras que ilustran la amplitud de la concentración industrial, el aumento de la productividad del trabajo, que se traducen por una cierta 'desindustrialización'. Hay cada vez menos empleos industriales, y al mismo tiempo los obreros industriales son cada vez más explotados. Así en Chrysler-Jeep, en Toledo, los obreros trabajan 54 horas por semana (tras un acuerdo con los dirigentes de la UAW).

Le Monde Diplomatique de enero de 1997 subraya que los obreros americanos trabajan 360 horas más que los franceses y no tienen más que dos semanas de vacaciones pagadas. El aumento de la explotación tiene como consecuencia una situación de continuo agravada para el proletariado americano.

El salario medio, durante los últimos veinte años, se ha visto disminuido un 0,73% cada año.

La tendencia a la baja de los salarios es tal que ya se habla de 'working poors', de pobres que trabajan. *Le Monde Diplomatique* de julio de 1996 ofrece a este respecto las siguientes indicaciones:

"Entre 1969 y 1994, el número de trabajadores que sufren el tiempo parcial ha pasado del 6 al 12% de la población activa. La parte de los asalariados mal pagados (menos de 15.000 dólares al año [unas 150.000 pesetas brutas al mes -NDLR] se ha triplicado, pasando del 8,4% al 23,2%. La de los pobres que trabajan y parados ha crecido del 22,9% al 38,5% del total".

La OCDE recuenta 30 millones de trabajadores a tiempo completo que viven por debajo del umbral de pobreza. Una tabla publicada por la OCDE en septiembre sobre los costes salariales horarios de los obreros de la industria resume bien la situación. La evolución entre 1985 (tras cuatro años de presidencia Reagan) y

1995 es impactante. Si consideramos a los USA como referencia, con un índice 100, los costes salariales varían así:

	1985	1995
Alemania	74	154
Francia	58	97
Japón	49	114

Esto ofrece una idea del camino recorrido por el imperialismo americano contra su propio proletariado. Pero la misma tabla subraya que lo esencial del descenso del valor de la fuerza de trabajo del proletariado americano ha tenido lugar entre 1985 y 1990. Una rápida mirada sobre el balance de las presidencias Reagan y Bush permite explicar este movimiento.

UNA 'CONQUISTA' PARA LA BURGUESIA AMERICANA: LAS PRESIDENCIAS DE REAGAN Y BUSH

La propaganda entusiasta con respecto a los Estados Unidos no tiene nada de nuevo. Durante los 80 ya se vieron florecer los mismos comentarios sobre el 'retorno de los Estados Unidos'.

En consonancia con su política encaminada a poner de rodillas a la burocracia del Kremlin en beneficio exclusivo del imperialismo americano, el gobierno Reagan ahondó profundamente todos los déficits de los Estados Unidos. El 'relanzamiento' económico fue impulsado por un desarrollo sin precedentes de los créditos para el armamento (entre 1979 y 1987, los gastos de armamento se han incrementado en un 57%). Al mismo tiempo los impuestos han disminuido ampliamente, la desregulación de los mercados financieros recibió una notable impulsión a fin de recurrir cada vez más al empréstito para financiar todos los gastos parasitarios emprendidos. Pero lo que ha permitido que la economía capitalista no se hundiera bajo el peso de estos nuevos desequilibrios han sido los violentos golpes asestados contra el proletariado.

En este sentido, el primer acto político de la presidencia Reagan fue el despido de más de 10.000 controladores aéreos en huelga (septiembre de 1981). Las medidas antiobreras se multiplicaron. En particular, leyes que van a autorizar, en nombre del 'derecho al trabajo', el reemplazo puro y simple de los trabajadores en huelga, restringiendo además el ejercicio de los derechos sindicales.

Las largas huelgas mantenidas desde 1993 a 1995 por los obreros de Staley, de Bridgestone y de Caterpillar... contra la jornada de 12 horas, da una idea del alcance de estas medidas. Cada vez los obreros eran golpeados con el *lock-out* [cierre patronal de una fábrica -ndlt], reemplazados, y así derrotados.

El gobierno Reagan ha endurecido igualmente las condiciones para la percepción de las indemnizaciones por paro: al cabo de seis meses el parado no recibe nada (de forma que ya no ficha en la oficina de empleo, saliendo así de las estadísticas). Lo que es más: la organización de la protección social empresa por empresa provoca que un parado, por regla general, no disponga de protección social. A todo esto es preciso añadir que el salario mínimo, solo indicativo, ha permanecido congelado de 1981 a 1989. Por último recordemos la represión de los motines de Los Angeles y otras ciudades de los Estados Unidos en marzo de 1992.

En total, según *Le Monde diplomatique* de octubre de 1982, el número de huelgas que implicaban a más de 1.000 asalariados en los USA ha pasado de 187 en 1980 a 35 en 1992. Se pueden calibrar las 'conquistas' que ha efectuado la burguesía con las presidencias Reagan y Bush. El crecimiento económico en los USA se apoya en su balance.

EN PROFUNDIDAD: LA PUTREFACCION PROSIGUE

Desde 1991 el crecimiento económico de los USA se ha beneficiado de unas condiciones excepcionalmente favorables. Tras la recuperación de 1992, el crecimiento se ha visto arrastrado por las recuperaciones en Europa en 1994, y más ampliamente por la importante ampliación del comercio mundial en 1994 y 1995. Pero a pesar de las cifras firmes del cuarto trimestre de 1996, la perspectiva sigue siendo la de la relantización económica.

Más allá de los cambios coyunturales, durante estos últimos años, los desequilibrios que minan al imperialismo americano no han hecho más que amplificarse. Y en efecto, una razón fundamental de la decisión de la banca federal de no subir los tipos de interés es el temor a un crac. El presidente de la FED, Alan Greenspan, declaraba a principios del mes de diciembre de 1996: *“¿Cómo sabemos si no se trata de una exuberancia irracional lo que provoca un alza artificial de los valores bursátiles, exponiéndolos así a repliegues inesperados y prolongados?”* Estas declaraciones desencadenaron serias sacudidas en los mercados financieros. En ellas se subraya que un crac está a la orden del día, crac cuyas consecuencias comportarían verosíblemente el hundimiento económico de la economía capitalista.

La putrefacción de la economía de los Estados Unidos no deja de profundizarse. Su endeudamiento es colosal. En 1980 la deuda pública era de 914.000 millones de dólares, en 1990 alcanzó los 3,2 billones de dólares (55,6% del PIB). En 1996 la deuda debería representar el 64,1% del PIB, o sea ¡más de 4,8 billones de dólares! El endeudamiento total (Estado, particulares y empresas) alcanzaría los 18,5 billones de dólares (solamente 9,15 billones en 1990).

En Washington, capital federal, estrangulada por las deudas: *“aparecen socavones y surcos en el asfalto de las carreteras que raramente son aplanados y las asemejan a las de Moscú; las basuras son recogidas una vez por semana”* (Liberation, 8 de marzo de 1995).

ALZA DEL DÓLAR... Y DE LOS DEFICIT

La reciente alza del dólar debe situarse en esta perspectiva. El alza de la bolsa y la relativa reducción de los déficits comerciales americanos han nutrido la especulación al alza sobre el dólar. Éste se cambiaba el 24 de enero por 1,64 DM t 5,54 FFR, por primera vez desde hacía más de dos años, y por más de 120 YEN, su nivel de hacía cuatro años.

Fundamentalmente este alza proviene de la inundación de los mercados financieros por el yen, consecuencia de las tasas negativas a corto plazo practicadas por el Banco del Japón. A ello se añade el descenso regular de las tasas de interés de los países europeos que pretenden entrar en la UEM (y por tanto excluida Inglaterra). En fin, tanto el Japón como los imperialismos europeos han favorecido esta alza. Alza que subraya de nuevo la acumulación de tensiones. *Le Monde* del 19-20 de enero escribe:

“el dólar ha entrado en una zona peligrosa, porque la subida de Wall Street aumenta la posibilidad de una corrección brutal encaminada a desestabilizar la moneda americana provocando salidas masivas de capital fuera de los Estados Unidos”.

Más aún, en el tercer trimestre de 1996, el déficit de la balanza de pagos corrientes de los Estados Unidos fue de 48.000 millones de dólares, déficit récord. La disminución relativa de los déficits comerciales y presupuestarios se ha visto compensada por el aumento de la importación de capitales, de inversiones directas en los propios Estados Unidos.

Esta disminución de los déficits comerciales no impide en absoluto que el conjunto de los déficits se ahonde. Para acabar con ellos sería preciso que los Estados Unidos impusieran una completa reorganización de la división internacional del trabajo a sus principales competidores. Pero los Estados Unidos no pueden precipitar a ninguno de sus rivales imperialistas al abismo sin que ellos mismos sean arrastrados (por ejemplo, Japón financia los déficits americanos).

Desde otra perspectiva, el déficit presupuestario de 1996 es el menor desde 1981: 1,4% del PIB contra 2,3% en 1995, o 4,3% en 1992. Pero este descenso expresa recortes a costa del proletariado y reducción de gastos parasitarios, sobre todo militares. Estas reducciones, que cierran salidas a la industria, expresan la imperiosa necesidad que tiene el imperialismo americano de contener sus déficit.

A este respecto se debe hacer notar, como signo importante de las siempre crecientes tensiones que pesan sobre la economía americana, la emisión por el Tesoro de obligaciones de interés variable, es decir que no se desvalorizarían en caso de repunte de la inflación: de alguna manera, la burguesía americana se prepara para el momento, no muy lejano, en que el peso de los déficits acumulados devenga intolerable.

Tanto la lucha por la hegemonía y por la centralización del estado que ha emprendido el capitalismo americano, como el previsible ralentizamiento del crecimiento económico, ponen a la orden del día una nueva y violenta ofensiva contra los proletarios americanos.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL: BAJO EL SIGNO DE LA OFENSIVA CONTRA LA CLASE OBRERA Y LA JUVENTUD

La campaña para la elección presidencial ha estado enmarcada por esta necesidad: reducir aún más las débiles conquistas del proletariado. Durante los últimos meses ya se ha visto al congreso y la Casa Blanca resumir lo que podría significar su acercamiento.

En primer lugar el acuerdo logrado sobre la perspectiva del retorno al equilibrio del presupuesto federal, logrado tras un conflicto que, en el invierno de 1995/96, supuso el cierre provisional de algunas administraciones. Este acuerdo debe comportar, según la cámara de representantes, recortes masivos de aquí al año 2000 en los presupuestos de educación, salud...

Pero sobre todo, el centro de la campaña presidencial ha sido la 'reforma' del Welfare, sistema de ayudas sociales en dinero o en especie, instaurado en 1935 y destinado a los más pobres. La ley, firmada en agosto de 1996 por Clinton, debe hacer economizar más de 55.000 millones de dólares al Estado federal en seis años.

La duración máxima de la percepción de ayudas en la vida de un individuo se ha retraído a cinco años como máximo. Será retirada en caso de condena por un delito grave, rechazo de una oferta de empleo, sea el que sea, así como a las madres solteras menores que no estén escolarizadas! Será negada también a los inmigrantes legales.

La gestión de casi todas las prestaciones ha sido transferida a los Estados, a condición... que el 50% de los beneficiarios hayan encontrado un empleo en los dos años posteriores a su inscripción en la ayuda pública. Para ello, los Estados podrán hacer trabajar a los beneficiarios a cambio de sus prestaciones: ¡la instauración del trabajo forzado! Esta monstruosa reforma condenaría a la miseria entre 2 y 6 millones de niños más de aquí al año 2006.

Se comprende ahora que, según declaró un senador republicano, el primer discurso del candidato Clinton ha sido *"tomado prestado del manual de Ronald Reagan"*. Se ha presentado como el candidato de los 'valores familiares', del orden moral contra la clase obrera, prometiendo sacar 100.000 policías más a las calles. Por su parte, y pronto resignado, el republicano Dole se enquistó en el papel de aguijoneador en este sentido, exhibiéndose de forma notoria junto a la 'Christian coalition', organización ultrarreaccionaria antiabortista.

Comentando tras las elecciones, el *Wall street journal* del 6 de noviembre escribe: *"una de las cosas raras que ha producido esta campaña es el consenso sobre el hecho de que será preciso levantar una comisión bipartidista que dé cobertura a los políticos cuando acometan contra Medicare tras su elección"*. (Medicare es el sistema de ayudas a los discapacitados, basado sobre los principios de la caridad, como el Welfare que acaba de ser desmantelado o Medicaid, sistema destinado a los jubilados). El *Wall street journal* previene: el proletariado americano va a sufrir una nueva y profunda ofensiva.

DIRIGENTES DE LA AFL-CIO: SOSTEN TOTAL A CLINTON

La dirección de la federación sindical, la AFL-CIO, ha sostenido a los candidatos del partido demócrata y a Clinton. Incluso ha emprendido una campaña de spot televisados contra los candidatos republicanos. Este apoyo expresa la profunda subordinación de esta dirección a su imperialismo, subordinación que ya se manifestó cuando apoyó la guerra de Vietnam.

Esta subordinación a llevado a la AFL-CIO a comprometerse con la política de la burguesía americana tan estrechamente como le ha sido posible. Por ello, tras la proclamación de la AFL-CIO en 1955, la tasa de sindicalización pasó de cerca del 35% a alrededor del 15% hoy día.

En octubre de 1995, tras una votación que oponía dos candidatos (por primera vez en la historia de la confederación), John Sweeney, dirigente del sindicato de empleados y miembro de la dirección nacional de la AFL-CIO desde hace más de diez años, fue elegido contra Thomas Donahue, presidente saliente.

La prensa multiplicó los comentarios sobre el aspecto ‘combativo’ de Sweeney. *Le Monde Diplomatique* de octubre de 1996 afirma que su elección es un “giro a la izquierda”. Ciertamente, en un debate contradictorio con T. Donahue, el 24 de agosto de 1995, dijo que era preciso acabar con “la inercia del movimiento obrero americano”, con el “silencio ensordecedor” de las organizaciones obreras. Pero se fijaba en seguida como perspectiva: “reforzar el ala progresista de los demócratas”.

La afirmada ‘combatividad’ de la dirección de Sweeney ha mostrado pronto su naturaleza. Con ocasión de la huelga de más de dos meses de 32.000 mecánicos de Boeing, que han obtenido el mantenimiento de su régimen de seguro de enfermedad, Sweeney, dando seguridad a los huelguistas de su ‘apoyo’, ha sostenido un acuerdo de compromiso con la dirección tras un mes de huelga... Acuerdo que ha sido rechazado en votación por la aplastante mayoría de los trabajadores de la Boeing.

Le Monde del 16 de noviembre de 1995 señalaba: la crisis en la dirección de la AFL-CIO se ha producido tras la histórica elección en 1994 de una mayoría republicana en las dos cámaras del congreso. El periodista explicaba que la elección de Sweeney procedía de una voluntad de ser más eficaces que la antigua dirección, o sea impedir que los republicanos ganasen las presidenciales, deshacer su mayoría en el congreso.

LA CUESTION DEL PARTIDO, CUESTION FUNDAMENTAL

Un aspecto fundamental de la situación política en los Estados Unidos es la ausencia de partido obrero. En los años 30, en relación con las grandes huelgas de masas se constituyó la CIO, que rompía con la vieja AFL. Al mismo momento se constituían embriones de partidos obreros a escala de algunos estados. Pero la dirección de la CIO terminó por someterse enteramente al partido demócrata.

El acercamiento entre republicanos y demócratas, la ofensiva conjunta que han emprendido contra la clase obrera, que no cesa de probar su capacidad para el combate, plantea la cuestión de la ruptura de la AFL-CIO con los demócratas, con la burguesía. El combate por un Labour Party vuelve a ser de actualidad. Pero un cortafuego ha sido preparado.

Se celebró un congreso en junio de 1996 a raíz del cual y a iniciativa de dirigentes de varias federaciones sindicales, fue proclamada una organización bautizada como ‘Labor Party’ (unas federaciones que reúnen alrededor de un millón de adherentes). Este ‘Labor Party’ está dirigido principalmente por los dirigentes de la OCAW, la federación sindical de la Química, el Petróleo y la energía atómica. Estos últimos habían lanzado, hacia finales de 1990, la organización ‘Labor Party Advocates’ (partidarios de un partido obrero), clave de la organización de este congreso.

Si un verdadero Labor Party viera el día en los USA, se trataría de un acontecimiento histórico, que permitiría a la clase obrera plantear la cuestión del poder. Tal no es la línea de los ‘Labor Party Advocates’. Sus dirigentes han apoyado la candidatura de Sweeney a la dirección de la AFL-CIO. Y se sitúan sobre su misma orientación. Así escribían en su *Lettre de LPA* de abril de 1992: “No buscamos un tercer partido. Nos contentamos con dos verdaderos partidos (...) Pero debemos empezar a hablar de un partido obrero para que se debatan nuestras reivindicaciones”.

El congreso del ‘Labor Party’ decidió pues que este ‘partido’ no se presentase a las elecciones, ya sean presidenciales, federales o locales. Una enmienda que estipulaba que “un partido obrero no puede apoyar candidatos procedentes de los partidos de los patronos” fue ampliamente batida. Los partidarios de un verdadero Labor Party eran, evidentemente, minoritarios en este congreso (el 40% de los delegados, sin embargo, votó una enmienda por la presentación inmediata de candidatos a nivel de Estados).

Rehusando presentar candidatos obreros a las elecciones, el ‘Labor Party’ se sitúa en la misma línea de lo que representa la elección de Sweeney a la cabeza de la AFL-CIO: un rostro más combativo en medio de una política de presión sobre el partido demócrata, de sumisión al capitalismo americano.

El programa adoptado por el congreso testimonia esta misma orientación. No se encuentra una palabra poniendo en cuestión la política de traición de la dirección de la AFL-CIO. El primer punto del programa propone enmendar la constitución americana para incluir el derecho al trabajo (como está recogido en la constitución francesa desde 1946). El segundo punto propone instaurar un “impuesto sobre los despidos” lo que no es ni más ni menos que aceptarlos. En fin, este partido ha incluso rehusado pronunciarse por la defensa del derecho al aborto.

El proletariado americano está aún lejos de haber resuelto la cuestión de su constitución en partido político y esta situación pesa sobre el conjunto del proletariado mundial. Al mismo tiempo, empero, la existencia de este ‘Labor Party’ prueba que el proletariado se plantea la cuestión.

TRAS LA ELECCION PRESIDENCIAL

Presentando su programa el 4 de febrero, Clinton se fijaba como objetivo inculcar “orden y disciplina” a la juventud americana, para hacer de ellos “buenos ciudadanos”. Su mandato se inicia bajo el signo del reforzamiento del estado federal, de la ofensiva contra la clase obrera. Pero hay muchas posibilidades de que sea el del hundimiento económico que está inscrito en lo que es una situación de putrefacción de la economía americana y de la economía capitalista en general.

Y en esta situación el proletariado americano será impelido al combate, permitiéndole un Labor Party plantear la cuestión del poder. Para ello es preciso un programa. Para impulsar y precisar en cada momento ese programa, para permitir a tal partido desarrollar plenamente su papel, se precisa una vanguardia organizada sobre el programa de la revolución proletaria. El combate por el partido obrero se inscribe como transición en la perspectiva de la construcción del partido obrero revolucionario. (C.P.S. 66/15.2.199)

Edita: Grupo Germinal (en defensa del marxismo)



Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es

